

CAPÍTULO XVII.

Nuevos actos del Episcopado Mexicano y de Roma.—Leon XIII.—Sus versos guadalupanos.—La “Coronación” consumada.—Grandes luchas en esa gloriosa empresa.—Actitud perseguidora asumida por los liberales jacobinos.—Triunfo sobre tantas ruindades.—Qui elucidant me.—La Reina honra á los que le sirven.—Hace obispos á los humildes Presbíteros Vera y Plancarte.—Después de la Coronación, por la cuestión de cómo se borró la antigua Corona milagrosa, vuelven los jacobinos á su innoble ataque.

REPARADO sin duda, como lo hemos visto, por inspiración de nuestra santa Reina, el estado de los ánimos, para la empresa de la Coronación de su insigne, de su singular Imagen, providencialmente suscitados tantos nuevos datos, tantos nuevos documentos, tantos nuevos raciocinios sobre esos datos nuevos y sobre los ya conocidos, fluía por celeste consecuencia, el pensamiento mil veces bienhadado de la «Coronación de la Virgen mexicana de Guadalupe.» Fuerte y suavemente dispuso Dios esta gran empresa, este gran suceso.

¡Tantae mollis erat Romanam condere gentem! decía el poeta para ensalzar los orígenes del encumbriamiento de Roma. Mas debe decirse de la «Coronación» y de los trabajos por ella pasados. Porque la grandeza de Roma *pagana* era un asunto demasiado humilde y poco trascendental, si se compara con la grandeza de México *evangelizado* y en su relación con los destinos de la Iglesia Católica, en la gran lucha de ésta con las potestades del infierno y en su relación con el triunfo definitivo de Cristo sobre el mal.

Coronar á la Virgen de Guadalupe no ha sido una empresa de piedad vulgar y circunscripta á religiosidad pasajera.

Coronar á esa Imagen singularmente maravillosa, ha sido algo más que un pensamiento y un propósito del piadoso Sr. Arzobispo Labastida, y de los otros piadosos señores Arzobispos y Obispos de nuestra amada México, ha sido ¡vive Dios! el pensamiento de María tres siglos y medio á través de tantas vicisitudes que la apologética Guadalupeana nos hace admirar, como lo hemos demostrado, y á partir desde el dichoso 12 de Diciembre de 1531.

Quando hemos vuelto á leer ahora la Pastoral colectiva de los tres Rmos. Arzobispos Labastida, Arciga y Loza, en que dan cuenta de haberse dirigido en Septiembre de 1886 á Nuestro Smo. Padre el Papa Leon XIII, y de haber obtenido resolución favorable en Febrero siguiente acerca de la Coronación, no hemos podido menos que decirnos: el proceso contra Bustamante, su estudio, las triunfales deducciones que de ese estudio surgen en confirmación luminosa de la Aparición del Tepeyac; las apologías en que Antícoli y González hacen ver tan magistralmente esas deducciones; la demostración luminosísima del gran valer del breve de Benedicto XIV, que no es dogma de fe, pero sí verdad teológica *infallible* de la Aparición, como título del patronato; el gran milagro, el probadísimo milagro de San Nicolás *in carcere*, sucedido un siglo hacía en la misma Roma en confirmación de la Aparición Guadalupeana; el gran milagro de la curación instantánea de la mortal postración morbosa de Sor Jacinta, sucedido en Puebla también hacía un siglo, y tantos nuevos descubrimientos y nuevas argumentaciones y nuevos favores del cielo (de los cuales uno muy notable tocó á este agradecido Sargento, que no ha entrado en esa cuenta, ni el Sargento ni el milagro, porque estaban de sobra); todo esto, decimos, claro se ve lo puso Nuestra amadísima Reina en el ánimo de esos nuestros dichosísimos fidelísimos Pastores, para que se confirmase é iluminase su fe y su devoción se inflamase: ¡ah! el nom-

bre de Boturini, del piadoso y perseguido caballero italiano, vino á ser premiado después de siglo y medio, y la Coronación de la Guadalupana fué el grito de paz y consuelo de los católicos mexicanos.

Huitzilopochtli el envidioso y homicida, Satanás, no podía menos de enfurecerse; la Coronación fué combatida; despertó los celos, ó más bien, el maligno capricho de oposición y hostilidad de los liberales jacobinos de México, pocos, pero que disponían de prestigio y participación del poder público.

La historia más tarde podrá comentar más libremente toda la triste significación de aquellos pocos sectarios mexicanos que, en reproche y sustitución de la Virgen Guadalupana, Madre de Dios, coronada que debía ser, nos ofrecieron una procesión de su secta, que llevaban coronas al sepulcro de uno de sus prohombres, mintiendo así doblemente, porque no podía compararse esa parodia con aquel augusto y concienzudo voto unánime, ni ese prohombre fué capaz nunca de desdeñar la coronación de la Guadalupana, como los de esa triste procesión fingían suponerlo.

Pero ese tiempo aciago tuvo término, y, aún más, los obstáculos mismos se hicieron servir á un triunfo mayor.

Se hizo el mal servir al bien, con eso de haberse aplazado para ocho años el día de la Coronación; se hizo servir en tales términos, que nada menos de ahí resultó el que dos grandes edificaciones hubiese tiempo bastante á levantarlas: la edificación espiritual de nuevos escritos apológeticos; la edificación material de las nuevas y grandiosas obras de ensanche y decorado del templo de la Colegiata, á cual más suntuosa de esas dos edificaciones.

Mientras el P. Plancarte y sus beneméritos asociados nos maravillaban con los alcances de su genio y sagacidad y de su perseverancia heroica, en idear grandezas para el templo de *Tonantzin* y en allegar recursos increíbles del óbolo de los mexicanos, en tanto el P. Vera

desde su apartado retiro de Amecameca, nos sorprendía con la publicación por la prensa, tan deseada, de las informaciones de 1666, y muy luego con los dos tomos de su valiosísimo «Tesoro Guadalupano,» que llenó de alegría el corazón antes entristecido del Sr. Labastida, y para coronamiento, con la publicación del proceso contra Bustamante, y su comentario á la altura de un consumado crítico.

Por esos días también nos regalaba el Sr. Lic. Cuevas con su inmortal opúsculo, que ya mencionamos, para confortar el ánimo de ese su venerable Arzobispo. Antícoli volvía á la carga y en su imperecedero trabajo contra *Don Estudio*, confirmaba con nuevos argumentos las apologías anteriores. Vino luego la intentona aquella del enemigo, el *Libro de Sensación*, en que se pretendió lastimosamente con el proceso de Bustamante, comentado á tuerto, sacar partido á favor de la negación anti-guadalupana. Antícoli y el Ilmo. Sr. Vera coronaron entonces, como ya lo ponderamos, con mayor buen éxito sus apologías. Fué en estos ocho años también cuando el gran libro latino del Sr. Dr. de la Rosa hizo su salida y se presentó á ser leído con gran éxito en la misma Roma, según es probabilísimo suponerlo.

Tamaños méritos tuvieron luego su recompensa; porque las obras de piedad filial tiénela de ordinario aun desde esta vida. Nuestro infatigable hermano el Sr. Presbítero Plancarte, se vió al fin elevado por S. S. Leon XIII á la dignidad de Abad mitrado de la gran Basílica, Colegiata del Tepeyac; nuestro infatigable hermano el Sr. Presbítero Vera, fué luego nombrado Canónigo de ese mismo amabilísimo Santuario, y poco después Obispo de Cuernavaca. *¡Qui elucidant me, vitam æternam habebunt!* hemos exclamado radiantes de contento, cuando hemos sabido por la vez milésima lo fiel y generosa que es la gran Reina nuestra con los que le sirven.

Por fin, los votos de Cuevas, los afanes de Plancarte

y de Vera, la perseverante actividad de nuestros fidelísimos Arzobispos y Obispos, no quedaron en vano. Las puertas de la Colegiata renovada, engrandecida, maravillosamente espléndida, deslumbradora, han vuelto á recibir ¡á la Hija de Sión, al encanto de nuestro pueblo, á la gloria de Jerusalem, á la que es nuestra salud, vida y dulzura, á la prenda de amores que en este valle de destierro nos dejó en su visita nuestra Madre que está en los cielos! ¡Esas puertas se han abierto! ¡Attollite portas! Ha entrado la Reina. ¡Qué profusión de ornatos, de riquezas, de piedades! La hora de la Coronación ha llegado. ¡Cuarenta y cinco obispos, entre ellos no pocos de otras naciones, han hecho la deseada Coronación! Cuevas suspiraba y decía en 1887: «Si á la mitad del día de la Coronación se elevase hasta las plantas de María Santísima una salve por la felicidad de la Patria, brotada á un tiempo de todos los corazones; que á un mismo tiempo se elevase de nuestras ciudades y nuestras aldeas, de nuestras ardientes costas y fértiles llanuras, de nuestros palacios y cabañas, del fondo de nuestros profundos barrancos y de las cimas de nuestras altísimas montañas, imposible sería que la Virgen Santísima desoyera esa numerosa plegaria de todo un pueblo que la ama y que la invoca.»

Pues, eso y más se ha realizado: á la hora dada (10 de la mañana del 12 de Octubre de 1895), mientras en la Basílica diez mil personas, al pronunciarse la fórmula de la «Coronación,» sollozan de contento y de ternura, viendo y sintiendo cosas tan celestiales que no imaginó el paganismo, y que apesarados desdeñan, no ya los protestantes sino los jacobinos, viendo y sintiendo cosas tan celestiales que no podía hacerlas sentir sino la Religión mejor asegurada de verdadera; á ese tiempo mismo en más de dos mil lugares, la suma de diez millones de mexicanos, unían también sus sollozos de contento y ternura á los de sus representantes en la Colegiata. En todos los ángulos de nuestra Repú-

blica, á las horas 10 de ese día, se prorrumpió en este himno, que todo México, entre sollozos y lágrimas de amor, ha cantado:

¡No; nunca te alejes,
No faltes jamás!
Si somos tus hijos
¡Oh Madre piedad!
.....
¡Efigie divina
Retrato inmortal,
.....
Ni el tiempo consume
Ni borra el nitral.
.....
Piedad que nos vemos
En riesgo fatal,
Mayor que lo fuera
Tres siglos atrás.
.....
¡No Madre piadosa
No quieras dejar
El pueblo á quien diste
Favor sin igual!

Este espectáculo sorprendente y digno de los ángeles del cielo, es una prueba de la verdad de nuestra santa Religión Católica Romana.

Llegados á tal punto en que México ha cumplido dichosamente con su deber de hijo agradecido de María, no es extraño que el infierno mostrase horriblemente su furor. La exigua minoría de los rencorosos jacobinos, después de haber despreciado con ruines insultos é innobles ardidés la gloria de la Guadalupana, como lo hemos notado, la da hoy de celosa en pro de esa misma gloria, y quiere y propone que se procese y castigue á los *sacrílegos* que borrarón (á su decir) la corona de la Pintura Guadalupana. El *Diario del Hogar* y otros congéneres redomados hipócritas, tales como el tornadizo *Universal*, levantan así el grito.

Estas buenas gentes son de aquellas que con mucho

gusto habrían ido acompañando á los fariseos á pedir á Pilatos que pusiese guardia para evitar dificultades en caso de que el *Impostor aquel* (así llamaban los hipócritas al Santo de los santos Jesucristo Nuestro Señor) fuese á resucitar. Estos tales son como aquellos que trataron de matar á Lázaro resucitado, para reparar el *escándalo* de su resurrección por Jesucristo. Estos pobres diablos dizque temen que el P. Plancarte haya tenido el atrevimiento de borrar la Corona antigua para asegurar el éxito de la Corona nueva.

Desde luego se ve que la cuestión del dinero es lo que en todo caso preocupa á los Iscariotes de todos los siglos; las manos vivas de las *manos muertas* están siempre listas para hacer su presa en provecho propio.

El P. Plancarte contesta á los impíos vergonzantes de México, lo que el Caballero Artus á los impíos vergonzantes de Lourdes: una apuesta, aquél de 10,000 francos, éste de 30,000, ó sea seis mil pesos. Esa apuesta, ¿cuándo la casarán? Ya veremos, que no será ni muy pronto ni muy tarde, ni nunca. La primera apuesta la perdieron los impíos: «destruid este templo y yo en tres días lo reedificaré,» y callaron como unos muertos. Después de eso, un cadáver más (de un tonto derrotado) ¿qué importa al mundo?

Esta cuestión de la Corona borrada, está pues perdida á *muerte* por los jacobinos.

En cuanto á tí, honrado lector, si quieres oír en esta novísima cuestión liberal jacobina, el rudo parecer de este tu fiel Sargento, habré de decirte:

Primero. Que la desaparición de la Corona que tenía pintada la Santísima Imagen, es un hecho, á juzgar por las fotografías directas (de las cuales este Sargento tiene dos ejemplares desde hace tres años) y además; por lo que puedes leer, buen lector, á la pág. 154 del opúsculo del Sr. Cuevas (año 1888) que copio íntegro y que dice así:

«Que la Santa Imagen tenía corona es indudable,

pues consta por el testimonio explícito de Cabrera y demás pintores que con él la examinaron, por las muchas copias sacadas de ella, y porque muchos de los que viven la han visto. Sin que se sepa cómo ni cuando, la Corona ha desaparecido, y lo prodigioso es que no han desaparecido los rayos que estaban detrás de ella, lo que tratándose de una pintura sobre una superficie plana no sólo es inexplicable sino naturalmente imposible.»

Así mismo consta (J. S. Val. Diario *El Tiempo*, de 8 de Diciembre de 1895) que el reputado artista P. Gonzalo Carrasco pintó una copia de la Guadalupe en 1884, y ya entonces había desaparecido la Corona y nadie pensaba en esa época en la Coronación, en la cual por primera vez se pensó hasta 14 de Febrero de 1886 como es de verse en dicho excelente artículo de J. S. Val.

Segundo. Ya verán, pues, lo infelices fariseos del *Diario del Hogar*, que (aquí la tronaron los malévolos malvados fariseos) *¡ya prescribió!* conforme al Código penal toda acción criminal sobre esto de la Corona *borrada*, ante los tribunales de los jueces jacobinos, quedando sólo expeditos los tribunales del *sentido común*, en donde todo jacobino tiene siempre que ser puesto á *buen recaudo* por sus bojedades cuando menos, pues ni caso suelen hacer de sus calumnias tan pueriles como farisaicas.

Tercero. Que desde luego el supuesto que hacemos de haber tenido la celeste Pintura una corona de diez radios ó rayos, es otro hecho, si no de vista de ahora, sí de vista durante dos siglos y medio lo que menos, antes de no sabemos cuándo, como ya se ha notado últimamente contra el procaz diario referido y el no menos procaz y tornadizo *Universal*.

Cuarto. Que la desaparición de la Corona pintada de la celeste Pintura, si ha sido por milagro, si ha sido por especial providencia divina, si por providencia general, es asunto que, si el *Diario del Hogar* ó del *Antro* ó del

Infierno, ó el *Universal* hipócrita, pueden resolverlo sobre la rodilla con su lógica jacobina, los católicos lo resolveremos tan despacio como se merece, oyendo previamente pareceres sin pasión ni en pro ni en contra, y en todo caso no comenzando como algún patán comenzaría diciendo á su rey ó á su gobernador: «Supongamos que usted es un ladrón;» pues la buena educación aconsejaría lo que el mismo derecho pagano aconseja: supongamos que todos somos hombres de bien, hasta el mismo *Diablo del Hogar* ó el poco pudoroso *Universal*.

Quinto. Que si pegara nuestra humildísima iniciativa, se nombrase por el Pastor mexicano una comisión que abriese dictámen sobre ese respetabilísimo asunto, y y S. S. Ilma. se sirviese, después, decirnos á los católicos lo que nuestro obediente cariño escuchará de buen grado como objeto siempre de alabanza para nuestra Reina, pues desde luego estamos ciertos de que nunca el Diablo tiene justicia, y que si todo hombre se presume bueno, todo Diablo (cuídese bien el *del Hogar* y el *Universal* morisco) es siempre malo.

Sexto. Conclusión de todo esto: Huitzilopochtli, ó sea Satanás, se ha dado por muy ofendido con la Coronación de la Guadalupana, según es de entenderse por lo alebrestado que al ruido de ella han puéstose sus órganos oficiales ú oficiosos *Diario del Hogar*, *Monitor*, *Globo* y *Universal* tornadizo, etc.; luego el pensamiento de la Coronación es muy del agrado de Dios. Quien conozca á tan buenas gentes, sabrá que es legítima esta consecuencia.

No desmayemos, pues; todo lo que tiene de odioso Huitzilopochtli azteca, lo tiene mucho más Huitzilopochtli jacobino. Aquél recibía las hecatombes de los cuerpos muertos por la extracción sangrienta del corazón de la víctima; éste, mil veces más infame, se goza en las hecatombes de las almas de nuestros hijos, y no ceja en el infernal propósito de ver arrancarles la fe en un Dios y la caridad de ese único y verdadero bien.

¡Virgen de Guadalupe, tierna Madre nuestra, Reina nuestra, sálvanos de esta peste horribilísima y asquerosísima! ¡Nos quieren arrancar del alma de nuestros hijos el respeto á Dios, la creencia en Dios, la adoración de Dios, y en cambio quieren darnos lo que cruelesísimamente llaman «la Reforma,» «la Patria,» «la Libertad,» «el Progreso,» que no son otra cosa en el corazón de ellos, sino su odio á Dios y á todo lo bueno. Esto es lo que hace el Huitzilopochtli jacobino. ¿Por qué no te apresuras, vencedora de la serpiente, Santísima *Coatlallopeuh*, á salvarnos?

Sí, nos salvarás, Señora, como salvaste en otro tiempo á los aztecas, menos desgraciados que nosotros, menos que nosotros, ¡quién lo creyera!

Nos salvarás, Señora. Nunca lo hemos dudado y ¡ahora menos que nunca!

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVII.

La carta del Sr. Icazbalceta contra la Aparición.—Refutada está desde hace cuatro años por el Sr. Vera.—Además, el Sr. Icazbalceta dejó carta posterior (1888) en que aquélla (1883) es anulada.—Gran fiasco del enemigo.

EN prensa ya este opúsculo, el vencido enemigo que, lo sabemos bien, nunca cesará en asechar el calcañal de su siempre vencedora enemiga, ha vuelto á sus ardides, por supuesto para ser confundido. Los jacobinos han publicado la carta de D. Joaquín García Icazbalceta contra la Aparición Guadalupana, carta escrita á fines de 1883, dirigida al Sr. Arzobispo Labastida, con ánimo de que nunca se publicara y escrita sólo por vía de dictámen pedido á su autor bajo la obligación de obediencia á su Prelado. En la misma carta constan esas poridades; y lo que